

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



**SU ALTEZA
EL PRÍNCIPE**

POR
MARION DAVIES
ANTONIO MORENO
ROY D'ARCY

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films
DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE
Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

SU ALTEZA EL PRINCIPE

Deliciosa película, interpretada por los
famosos artistas

MARION DAVIES y ANTONIO MORENO

METRO-GOLDWYN PICTURES

Exclusiva de
METRO GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 220
BARCELONA

ganara; y a buen humor, no la aventajaba ni Muñoz Seca.

Las hermanas tuvieron que taparse los oídos y cubrirse los ojos, tales y tantas eran las dia-bluras que hacía Beatriz preparándose para partir.

De buena gana las amiguitas de la gentil co-
legiala se irían con ella, anhelosas de vida li-
bre, de sol más luminoso, de perfumes más em-
briagadores que los que exhalaban las flores del
amplio jardín de infinitas callejas arenosas.

Las colegiales, lirios de agua que sólo se me-
cen bajo la caricia del lago irisado, soñaban
con la azarosa existencia del rosal en pleno par-
que, expuesto a todos los vientos, defendiéndose
contra los embates de la adversidad, triunfando,
al fin, luciendo las bellas rosas en un ojal o so-
bre un pecho...

Las acicateaba el deseo de confundirse con
las otras mujeres, sus mayores, y tomar parte
en la lucha eterna con el goce de vivir.

Por esa razón, al ver marchar a Beatriz, a
los ojos de las soñadoras, cancelas de la gloria,
brillantes, de un verde luminoso, azules claros
y místicos, negros y rasgados, sedosos y con
hilos de azabache por pestañas, se asomaron unas
lágrimas...

SU ALTEZA EL PRINCIPE

Argumento de la película

Cuando Beatriz Calhoun recibió un telegrama de su padre en el pensionado, donde, más que otra cosa, esperaba con ansiedad las vacaciones, apenas empezaba el curso, pareciéndole interminables los nueve meses de reclusión monjil, dió más saltos que una señora cabra ante un succulento pasto.

¡Ahí era nada, para ella, salir del pensio-
nado antes de tiempo!

Todas sus amigas participaron de su inenarrable alegría, ya que Beatriz era de todas querida, por modelo de compañeras y de chistosa.. mala.

En efecto, a camaradería no había quien la

Y aquel día, el arenoso jardín del pensionado, pareció el patio de una cárcel...

Y en los árboles no cantaban los pájaros, contagiados del silencio...

A las tres de la tarde llegó Beatriz a Washington, donde residía su familia, y antes de encaminarse, ligerita, hacia su casa, releyó el telegrama que recibiera en el pensionado.

Decía así:

Washington, 14 de febrero de 1926.

Beatriz Calhoun.

Briar Cliff.

Han ofrecido nuevamente a tu primo Oscar el trono de Graustark.

Hay temores fundados de que acepte.

Tu padre afectísimo,

Pedro.

Los bellos labios de la deliciosa colegiala dibujaron una sonrisa.

Y a medida que se iba aproximando a su casa, se mostraba más contenta.

Pensaba en su primo Oscar, un muchacho de todas prendas, al que quería como a un hermano.

¡Qué gracia que le nombrasen rey!

Oscar no servía para tal cargo... o acaso servía demasiado.

Indudablemente, sería un rey modelo. Se confundiría con el pueblo, y a buen seguro que organizaría partidos de foot-ball con sus súbditos, para demostrarles que tenía un patadón formidable.

¡Vaya con el primito!

No se le ocurría a Beatriz pensar en otra cosa. Y era lógico que así discurriera, porque el carácter de Oscar era diametralmente opuesto al que debía tener un rey consciente de lo que representa, sentado en mullido, alto y aterciopelado sitial.

Libróla de sus reflexiones la aparición de su casa.

¡Qué sorpresa iba a causar a su familia!

No la esperaban. Se presentaba sin avisar a nadie.

Si en nosotros hubiese cabido la duda de que Beatriz era lista, nos habríamos convencido de nuestro error al saber que el recibo del telegrama en cuestión fué la piedra de toque que le permitió salir del pensionado por su propia voluntad.

Las hermanas no opusieron reparo a su salida, reconociendo que a pesar de que en el

parte no hubiese la menor indicación que se refiriese al viaje de Beatriz, se sobreentendía — como logró hacerlo ver la interesada — que debía hacerlo.

— ¿Qué le diría a la traviesa colegiala su padre? ¡Bah! Su padre no le diría nada. ¿No logró catequizar a las hermanas? Pues tarea mucho más fácil sería la de sobornar al padre. Con cuatro mimos y con cuatro verdades que parecerían mentiras, asunto arreglado.

Por ejemplo, aseguraría a su deudo que tenía irresistibles deseos de verle, y la imprescindible necesidad de discutir con él por cualquier futura.

Y, ¿qué padre se niega a enfadarse con una hija como Beatriz, si dentro del enfado hay mil caricias de mujercita pizpireta?

Al llegar a su casa, Beatriz, recibida, con la sorpresa que es de suponer, por el criado, supo que en aquellos momentos estaban su padre y su primo en la biblioteca con los embajadores de Graustark.

— ¡Llegaba oportunamente! ¡Sin duda estaban nombrando rey a Oscar!

— ¡Ay, qué chistoso!

Aguardó unos momentos, pero como quiera que la entrevista de los embajadores de Graus-

tark con Oscar y don Pedro se prolongaba indefinidamente, Beatriz, impelida por la curiosidad, trató de enterarse de la conversación apostándose detrás de una puerta.

Iba a hacerlo, cuando la entrevista acababa de terminarse.

El primero en salir de la biblioteca fué don Pedro, el padre de la colegiala.

Al verla, le preguntó, asombrado:

— ¿Tú por aquí? ¿Qué ha ocurrido para que hayas salido del colegio?

Sin pestañear, Beatriz repuso, identificándose con la gravedad del momento:

— La única pregunta de actualidad en estos instantes es la siguiente: ¿veremos a Oscar sentado en el trono de Graustark?

— Sí. Tu primo acaba de aceptar la corona.

— ¡Bravo por Oscar! ¡Oh! ¡Tal vez me casaré con un príncipe, como en los cuentos!

La aparición de los embajadores de Graustark hizo desaparecer la risa de Beatriz, para presentarse a ellos como una mujercita muy seria, digna prima del digno rey.

Don Pedro hizo la presentación de su heredera a todos, y especialmente a uno de los embajadores, el de más categoría, por cierto.

— Duque Travina, mi hija Beatriz.

El duque, tan bonachón como pródigo en carnes, saludó rendidamente a la bella presentada. Si hubiese sido joven, se habría enamorado de sus gracias, pero su edad se hallaba ya en la pendiente que conduce a los valles en que no hace frío ni calor.

Beatriz correspondió al reverente saludo del duque con una sonrisa, y se dejó besar la mano.

Luego, el duque, que había observado la contenida alegría de la hermosa colegiala, añadió:

—Señorita Calhoun, corresponderá a usted la distinción de ser la primera en saludar a Su Alteza el príncipe Oscar, futuro rey de Graustark.

—Ardo en deseos de hacerlo, señor duque.
¿Puedo pasar a la biblioteca?

—Naturalmente. Allí está Su Alteza.

—¿Está solo?

—En este momento, sí.

—¿No hay leones?

—¿Leones? ¿Para qué?

—Para proteger al futuro soberano.

Don Pedro se contuvo la risa, temiendo que el duque, sorprendido por la inesperada salida de Beatriz, creyese que ésta se burlaba de él, pero pudo reirse francamente, pues el duque comprendió la broma de la graciosa colegiala.

Beatriz entró en la biblioteca. En ella se hallaba, solo y pensando en el nuevo horizonte que se abría ante él, su primo Oscar.

—¡Hola, primito! — saludó Beatriz, un tanto precavida, es decir, observando a Oscar, por si se le habían subido los humos a la cabeza.

Oscar la miró severamente. ¡Qué libertades eran aquellas! ¡Cómo se atrevía Beatriz a tratarle con tal desparpajo! ¡El era un rey, todo un rey!

A las miradas enérgicas siguieron palabras, y pronunció las siguientes:

—Mujer plebeya, ven y besa la real mano a tu real primo.

Beatriz, confusa, acercóse a Oscar y le obedeció.

¡Caramba! ¡Pronto empezaba el primito a establecer distancias! ¡Instantáneamente había olvidado lo amiguitos que fueron desde su más tierna infancia!

Tentaciones le dieron a Beatriz de recordarle a su primo los bofetones y pellizcos que de ella había recibido cuando en los juegos quería él imponer su voluntad. Y esas tentaciones se las sugería a la gentil muchacha el deseo de poner sobre aviso a su primo de que, como entonces, ahora podía también ser la misma.

Pero... no se atrevió. ¡Cualquiera, por Beatriz que se llamase, le daba un bofetón a un rey!

Contentóse, pues, con humillarse... y esperar a ver qué nuevos cambios se operaban en Oscar.

El príncipe, ocultando su risa cuando su linda prima le besaba la mano, levantó un pie y lo descargó con regular ímpetu en salva sea la parte de la falda de la colegiala, que se irguió, no precisamente con altanería, sino obligada por el golpe, como suelen hacerlo los muñecos de resorte, al agitar éste el niño que con ellos se distrae.

La más rara sorpresa perfilóse en el rostro de Beatriz ¡Hombre, la broma resultaba pesada! Por muy rey que su primo fuera, no tenía derecho a limpiarse la bota en su ropa y en lugar tan delicado.

Oscar sostuvo unos segundos la mirada de espasmo de su prima, y echóse luego a reír como un orate.

—Sí, ¿eh? — protestó Beatriz—. ¿Te parece a ti bien lo que acabas de hacer?

Riéndose ruidosamente, Oscar repuso:

—Botas reales no ofenden, amada prima.

—Bueno, bueno... pero mortifican... y no es con tus patadas como vas a demostrar que eres galante con las damas. En Europa se juega mu-

cho al foot-ball, pero las damas no son pelotas. Te lo aviso por siquieres conservar el trono. Una revolución de mujeres es algo terrible, es- pantoso.

—No te preocunes. Sabré ser amable con las de tu sexo, porque, hablando ahora en familia, has de saber que creo que voy a ser un rey como pocos. Por una parte, seré el rey de espadas, por mi maestría en lances de esgrima; por otra parte, el rey de copas, por las que llevo ganadas en los partidos de foot-ball, y también el de oros, por mi magnanimitad.

—Y el de bastos, ¿no?

—¡El de bastos, miau! Y digo ¡miau! porque a veces los bastones se vuelven contra el que los levanta.

Los dos primos se reconocían en los chistes fusilables, y su plática duró largo rato, sin que nadie osara interrumpirla.

**

Los periódicos de Graustark publicaban esta importante noticia:

EL PRINCIPE OSCAR VUELVE A FIN DE RECLAMAR EL TRONO

Se afirma que dentro breves días llegará a esta capital el príncipe Oscar, dispuesto, desa-

fiando las poderosas influencias del general Marlanx, que le desterró del reino cuando era niño, a sentarse en el trono, que le pertenece.

La señorita Beatriz Calhoun, una norteamericana prima de Su Alteza, figura en la regia comitiva que aguarda en la frontera suiza las tropas que han de darle escolta.

En efecto, el duque Travina, Oscar y Beatriz, esperaban en la frontera suiza la llegada de los militares que debían proteger al futuro rey hasta palacio.

El duque Travina, cuya impaciencia por llegar a Graustark no le daba punto de reposo, ordenó a su criado:

—Téngalo todo listo, Javier. La escolta llegará de un momento a otro y saldremos apenas vuelva Su Alteza de patinar.

Javier y los demás servidores se multiplicaron para ultimar los preparativos de reanudación de la marcha, y pronto quedó todo arreglado.

La escolta estaba a punto de llegar, y el duque Travina miraba insistenteamente hacia la puerta de la posada, esperando la aparición de Oscar, que saliera con Beatriz a aspirar, en raudas carreras sobre el hielo, el aire puro de aquellas alturas plateadas.

De súbito abrióse aquella puerta y entró Beatriz.

Llegaba jadeante y un gran espanto se reflejaba en su cara. No pudo hablar.

—Oscar... Oscar... — pronunció entrecortadamente Beatriz.

—¿Qué...? ¿Dónde está Oscar, señorita?

Al fin Beatriz logró dominar su emoción, y contestó:

—¡Oscar ha sufrido un grave accidente!

—¡Eh!! ¡Un accidente?

Varios hombres trajeron en aquellos instantes el cuerpo aparentemente sin vida de Oscar, y lo depositaron en el lecho que ocupaba en la posada.

Beatriz explicó lo ocurrido:

—Ibamos a una gran velocidad, cuando una falsa maniobra lo precipitó por un despeñadero.

Con la inquietud que el caso requería, el duque mandó llamar un médico, y éste no se hizo esperar mucho tiempo.

El doctor examinó a conciencia al herido, y su diagnóstico no fué halagüeño, por cierto.

—Parece que ha habido lesiones internas. Debe guardar completo reposo durante unos días.

El duque, desesperado, dijo al médico:

—Pero, doctor, es preciso que el príncipe siga el viaje esta misma noche; la demora puede costarle el trono.

El galeno se ratificó en su consejo. El no podía tomar bajo su responsabilidad la continuación del viaje por el príncipe. Este no se hallaba en condiciones de moverse de la cama, y sería temerario oponerse a la razón.

—Le repito, doctor, que cualquier retraso puede hacerle perder el trono—dijo el duque, que conocía la astucia de los enemigos.

—Y el viaje podría costarle la vida — sentenció el doctor.

El duque no insistió más, y cayó en alarmante depresión nerviosa, viendo rodar por suelo todos sus planes.

Beatriz participaba, aunque en menor proporción, del desfallecimiento del duque, toda vez que, a juzgar por los temores de éste, los enemigos aprovecharían la ocasión para escalar el poder de una manera absoluta.

¿No habría, buscándola minuciosamente, ninguna solución?

Mil encontradas ideas se debatían en la mente de Beatriz, y no menos en la del duque, pero a éste la desesperación ante la impotencia contra la imprevista jugada del destino, le vela-

ba su espíritu de tal forma que, por más que meditase sobre el grave caso, no acertaba a dar con la más insignificante luz que le ayudase a salir de aquellas tinieblas.

Pasaron varias horas, y llegó lo temido: la escolta acababa de presentarse en la posada y esperaba las órdenes de Su Alteza.

El duque palideció. Todo estaba perdido.

—Habrá que decirles lo que ocurre, aunque perdamos el trono — dijo a Beatriz.

La gentil colegiala, lamentándose de lo ocurrido a su querido primo, desapareció hacia las habitaciones interiores, para que el duque pudiese hablar a solas con el jefe de la escolta, que no tardaría en presentarse ante él.

Un poco más tarde, el oficial que tenía el mando de la escolta presentaba sus respetos al duque.

—Señor duque, tengo el honor de poner la escolta a las órdenes de Su Alteza.

—Coronel — dijo el duque —, Su Alteza...

Iba a revelar lo ocurrido a Oscar, pero en tal instante surgió Beatriz de detrás de los cortinajes de una habitación. Se había equivocado de salida, y cuando creía entrar en otro aposento, donde se hallaba el equipaje, se halló, con la natural sorpresa, ante el duque, el coronel que

mandaba la escolta y los oficiales que entraron con éste en la posada para hablar con el duque.

Beatriz no pudo retroceder, y como el duque se interrumpió en la palabra Alteza, el coronel y los oficiales que estaban con él tomaron a Beatriz por el príncipe Oscar.

Es necesaria una explicación. No es fácil confundir un hombre con una mujer, cuando ésta lleva la ropa que le corresponde y aquél viste como su sexo le obliga.

Pero sucedió que Beatriz, que se disponía a tomar un baño, vistióse un pyjama, con el que tenía aspecto varonil.

Por si el atavío masculino fuera insuficiente para ocultar su feminidad, el peinado a la "garçonne" coadyuvaba a la confusión de un modo perfecto.

Y antes que Beatriz y el duque pudieran decir "esta boca es mía", el coronel, inclinándose ante Beatriz, murmuró:

—Señor...

Beatriz abrió sus ojos desmesuradamente.
¡Ella, señor! ¡Primera noticia! ¿Dónde tenía los ojos el coronel?

Los oficiales que acompañaban a éste inclináronse ante ella, a su vez, y el duque se asió

con todas sus energías a una esperanza salvadora.

Beatriz, ocultando su rostro cuanto podía, para disimular cualquier huella de polvos o de rojo artificial en sus labios, y cruzando sus manos sobre el pecho, para... para lo que se supone, aceptaba, sin explicarse por qué, el papel que la casualidad le deparaba.

El duque la estimulaba, con sus miradas, a fingir, y Beatriz fingió como una consumada comedianta.

—Señor — continuó el coronel—, os traigo la bienvenida del pueblo de Graustark y del general Marianx.

El duque tomó la palabra en nombre del supuesto príncipe Oscar, y al retirarse, con los oficiales, dijo el coronel:

—Aguardamos las órdenes de Vuestra Alteza.

Al cerrarse sobre los militares la puerta de la estancia en que fueron recibidos por el duque, Beatriz, con un gesto de extraordinario asombro, exclamó:

—¡Qué barbaridad! ¡Yo, el príncipe!

El duque repuso, en tono misterioso:

—¡Chis! No levante usted la voz. La Provincia ha venido en nuestra ayuda.

—¡Ah!

—Usted puede salvar el trono de Graustark para su legítimo heredero.

—¡¡Yo!! ¡Sería chistoso!

—Escúcheme un momento, se lo suplico... El príncipe Oscar salió de Graustark siendo muy niño. ¿Comprende usted?... No habrá dificultad en hacer que usted pase por él a los ojos de todos.

—Me parece un juego muy peligroso.

—No lo crea. Claro que la suplantación encierra algunas dificultades, pero estoy seguro que las venceremos. Con el uniforme militar, le afirmo a usted que parecerá un hombre, un hombre un poco afeminado, si usted quiere, pero un hombre. La guerrera allanará parte de aquellas dificultades...

—A mí me gusta mucho divertirme, señor duque... pero lo que usted me propone, puede resultar todo lo contrario de una diversión.

—No sea pesimista. Yo no me apartaré un momento de su lado. Además, será sólo por unos días, mientras Su Alteza recobra la salud.

—Ni una palabra más. Acepto... y ¡Dios dirá!

Sin pérdida de momento el duque proporcionó a Beatriz lo necesario para transformarse, en apariencia, en varón, y cuando el verdadero

príncipe se enteró de ello, rióse con toda su alma, a pesar del dolor que le causaban las heridas recibidas al despeñarse.

¡Qué apuro para la gentil colegiala!

Unas horas después, Beatriz no era Beatriz, sino Oscar. En honor a la verdad, resultaba un Oscar simpatiquísimo, tan simpático como el real, aunque más guapito, naturalmente.

El duque estaba encantado, y más lo estaría si "encanto" fuese sinónimo de "tranquilo".

Aleccionada por el duque, Beatriz pisaba como un hombre... y tropezaba como tropiezan, algunas veces, los hombres, o sea, con peligro de morder el polvo.

Al llegar la hora de la presentación del príncipe a la escolta, para partir, dijole el duque a Beatriz:

—Recuerde, señorita, que ahora es usted el príncipe Oscar. Hay que tener serenidad y no perder la seriedad del papel que representa.

Iban a salir de aquella pieza. Junto a la puerta, Beatriz tropezó en un madero saliente del piso, y fué milagro que, al caer, no se lastimase la nariz.

El duque, asustado, la interrogó con dura expresión. ¿Perdía ya la seriedad que tanto le recomendaba?

—Lo que perdí fué el equilibrio — dijo Beatriz.

**

Promediaba la noche.

Los automóviles que conducían al supuesto príncipe, al duque y a la escolta, se hallaban en las cercanías de Graustark.

Detuvieronse frente a una posada, para aceptar un refrigerio que los posaderos salieron a ofrecer a Su Alteza, y al partir un pequeño pan, Beatriz halló en él un papel.

—Silencio! — murmuró el duque.

Con suma discreción leyeron el escrito y se les heló la sangre.

Decía así:

Vuestra vida corre peligro. Os espera la muerte en el camino de Graustark.

Un amigo.

Recobrándose, para calmar la excitación de Beatriz, el duque le dijo:

—Esto no es más que una broma. Nada puede ocurrir. Vamos muy bien escoltados.

Beatriz no opinaba lo mismo. Miró en su derredor, y detuvo sus miradas en los mesoneros, los cuales se le antojaron ferores asesinos asa-

lariados por los enemigos del legítimo heredero del trono.

Presas de miedo, dijo al duque:

—Esto me da mala espina. ¡Quiero irme a casa!

—No sea usted pesimista, Alteza — suplicó el duque, en un tono de voz casi imperceptible.

Los hosteleros, a una, dieron un grito:

—¡Viva el rey!

El susto que tuvo Beatriz fué descomunal. ¡Como que creyó que se abalanzaban a ella y la asesinaban sin piedad!

La comitiva reanudó el viaje, y nada anormal se vió en el camino.

Tan fué así que el duque se durmió tranquilamente arrellanándose en el acogedor asiento del coche.

Beatriz no pegó el ojo en toda la noche, porque no las tenía todas consigo. Eso les ocurre a todos los que están en falta, y ella lo estaba, y de lleno, suplantando a su primo herido.

Al amanecer, la comitiva llegó a un desfiladero angosto de los Alpes fronterizos de Graustark.

Aquel era un punto estratégico. Allí podía librarse cualquier batalla, con la seguridad de

vencer los que atacasen desde el declive del monte.

Bruscamente los coches se detuvieron a la salida del desfiladero, en una pequeña meseta que formaba el terreno.

Beatriz observó aquello con resquemor, y obsesionada por la amenaza anunciada en el anónimo que le mandara "Un amigo" dentro de un pequeño pan, llamó al duque, sacudiéndolo varias veces.

—Han vuelto a detenerse... ¡Despierte! ¡Despierte!

El duque abrió los ojos, y con su habitual flema respondió a Beatriz, sonriente:

—No se alarme, que aquí estoy yo para defenderla.

El pobre duque bastante tenía con su gorura y sus achaques. Si llegara el caso de tener que defender a Beatriz, por más que él quisiera, se vería precisado a contemplar cómo se defendía ella misma.

Pero alguien velaba por la seguridad de Su Alteza, y ese alguien era un joven con músculos de hierro y un corazón muy grande lleno de lealtad.

De súbito, de la vertiente de la montaña surgió un grupo de hombres armados. Por su in-

dumento se echaba de ver que eran pastores. Muy decididos, encañonaron sus armas a los oficiales que formaban la escolta de Su Alteza, obligándoles a rendirse.

El duque y Beatriz se encorocaban a Dios, muertos de pánico, en una oración que pensaban sería la última que sus labios podrían murmurar.

Beatriz apeóse del coche, buscando la huída, o acaso considerándose con energías para medir su espada en el pecho de alguno de aquellos asaltantes; y al pie del auto la alcanzó el jefe de los armados pastores.

—Señor, los que os escoltan son unos traidores que proyectan asesinaros antes de que lleveis a Graustark — dijo el desconocido a Beatriz.

—¡Ah! — exclamó ésta —. ¿Ellos son los traidores?

—Sí, Alteza. Mis compañeros y yo sorprendimos unas palabras comprometedoras, y ya habéis visto, Alteza, cómo unos humildes siervos han sabido portarse como caballeros, por su futuro rey.

Beatriz sonrió. El pastor era un buen mozo, y, sobre todo, tenía una sonrisa irresistible. No podía poner en duda sus palabras, y convino con

él, íntimamente, en que los oficiales de la escolta tenían el aire de los desleales.

El pastor, encantado de la simpatía que le de-



Beatriz sonrió. El pastor era un buen mozo...

mostraba con sus sonrisas Su Alteza, presentóse humildemente.

—Soy Dantán, un pastor, y os suplico que me déis licencia para poneros en salvo.

—Concedido — dijo Beatriz.

El duque esperaba con singular impaciencia el resultado de la intervención del grupo de pastores, y, lleno de admiración, vió como Dan-

tán daba órdenes a los oficiales traidores, al estilo de un riguroso jefe.

Una de las voces de Dantán fué la siguiente:
—¡Afuera los uniformes!

Beatriz ahogó un grito de protesta. ¿Qué decía aquel hombre? ¡Iba a obligar a desnudarse a los oficiales... delante de su personita? ¡Ella era una señora, caramba, y no podía presenciar ciertas cosas, demonio!

Pero la orden estaba dada y se cumplía sin vacilaciones.

Beatriz llamó a Dantán y, no sin rodeos, procurando ocultar su turbación, le dijo:

—¿No bastaría quitarles las gorras y los cinturones?

Dantán repuso:

—Señor, lo único que me guía es el interés de Vuestra Alteza.

Y los oficiales siguieron desnudándose, entregando sus uniformes a los pastores, los cuales los vistieron, transformándose así en oficiales.

Dantán despojóse también de su indumentaria de pastor y se vistió un uniforme militar, el más flamante de todos: el del coronel de la escolta.

Beatriz tapóse los ojos para no ver a los ofi-

ciales en paños menores, y dijo a Dantán, agraciada a su valor, al que le debía la vida:

—Desde este momento serás comandante de nuestras guardias de corps. ¡Siéntate!

—¿Qué deseáis que se haga con los traidores, Señor?

Rápida fué la réplica.

—Lo único que deseo es perderlos de vista cuanto antes.

Dantán dió una orden, y a consecuencia de ella sus hombres se instalaron en los *autos* de los oficiales desleales, y la comitiva reemprendió la marcha hacia Graustark, a donde llegaría pocas horas más tarde.

El duque y Beatriz cantaban victoria... y además de eso, Beatriz ahogaba suspiritos, lamentándose de pasar como hombre, siendo mujer... al lado de unos ojos y unos labios tan risueños como los del gallardo pastor Dantán...

.....

En Graustark, en tanto, el general Marlanx, que suponía cumplidas las instrucciones secretas dadas a la escolta con respecto al príncipe Oscar, saboreaba anticipadamente su triunfo.

Había organizado varias fiestas, y al salir de una de ellas se retiró a sus habitaciones con su "amiga", una aventurera de postín, hija del de-

monio, sin duda, por el fuego de sus miradas y la tentación de su cuerpo de diosa pagana.

Allí vistióse el general las galas reales, y se contemplaba en el espejo, satisfecho de haber logrado, al fin, su ferviente deseo.

La "amiga" no participaba del optimismo de su amado.

—El traje real no puede sentarte mejor, Marlanx. Sin embargo, ¿no te parece que no debías cantar victoria antes de haberla conseguido?

El general soltó una carcajada, en gracia a la cual puso al descubierto su blanquísimas y afiladas dentaduras, y contestó:

—El príncipe no llegará a Graustark! He tomado mis precauciones.

Y en tal momento era cuando el príncipe llegaba a la ciudad.

Oyóse el clamor del pueblo. Atravesando los ventanales de las habitaciones, el entusiasmo de la plebe hirió los tímpanos del general como un runrún de mal agüero.

Bruscamente desgarró el velo un grito brotado de millares de pechos:

—¡Viva el príncipe Oscar!

La "amiga" del general dejó caer, desalentada, sus brazos a lo largo de su siniuso cuerpo, y Marlanx, a pesar del golpe que recibía con la

imprevista derrota de la escolta que él sobornara, mostró en una sonrisa falaz sus dientes nacáreos y afilados como puñales.

¡No se daba por vencido!

**

Muchos honores y muchas demostraciones de júbilo se le hicieron a Beatriz, que llegó a marcharse, reconociendo que el oficio de futuro rey era muy pesado.

Cuando pudo retirarse a sus habitaciones, el fingido príncipe se encontró en un palacio en el que no había una mujer ni para un remedio.

El general Marlanx presentó sus respetos al príncipe, y fingiendo con su característica habilidad, despidióse deslizando estas palabras irónicas:

—Todo se ha dispuesto para la mayor comodidad de Vuestra Alteza; y os ruego, Señor, que me consideréis como el más leal de vuestros vasallos.

Al quedar sola, Beatriz se dijo, preocupadísima y roja como una amapola:

—¿Qué va a ser de mí entre tanto hombre?

No se atrevía a quitarse ni la capa y sorprendióla en sus reflexiones la llegada de Dantán, que, como sabemos, era, por voluntad del

príncipe, comandante de las guardias particulares.

—Traigo buenas noticias — dijo Dantán, con su sempiterna sonrisa a flor de labio —; el duque quedará restablecido mañana de su cansancio y emociones. Yo no os abandonaré por un solo instante durante toda la noche en previsión de cualquier peligro.

Al decir esto, Dantán le quitó la capa, y los ojos de Beatriz, fijos en un punto imaginario, se dilataban de sorpresa... y de pánico.

Pero se sobrepuso, y dijo a Dantán::

—Voy a acostarme. Agradezco tu lealtad... y mañana nos volveremos a ver.

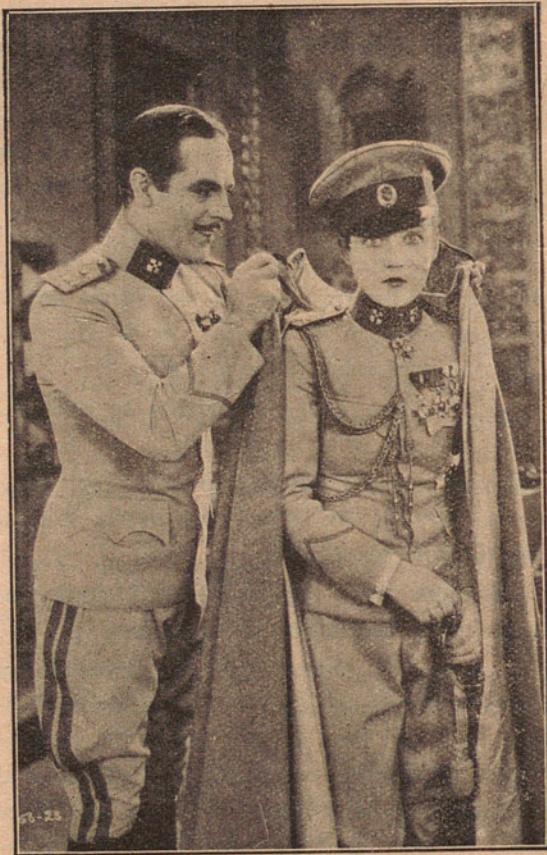
Quería alejar al pastor, y lo logró. Pero Dantán, al salir de las habitaciones de Su Alteza, dijo al Fígaro de palacio:

—Pregunta a Su Alteza si desea afeitarse antes de irse a la cama o por la mañana.

El ayuda de cámara sabía su obligación, y con él pasó un mal rato la desconcertada Beatriz.

Pero se agotó la paciencia del príncipe, al preguntarle el barbero, si quería que lo afeitase y si le permitía que le ayudase a desnudarse:

Y a riesgo de descubrir la farsa, gritó airada:



Al decir esto, Dantán le quitó la capa...

—¡Hombres y más hombres! ¿No hay aquí ni una sola mujer?

El peluquero, dirigiendo una mirada obtusa al joven príncipe, respondió insinuante:

—Si Vuestra Alteza lo desea...

Colérica, Beatriz descargó su furia sobre el Fígaro, y buen cuidado tuvo éste de hacer mutis con toda la ligereza de que eran capaces sus piernas.

Al quedar sola, Beatriz desahogó su enojo.

—¡Hombres para que me sirvan! ¡Hombres para que me aconsejen! ¡Hombres para desnudarme y afeitarme! ¡Qué porvenir, Señor, qué porvenir!

El ayuda de cámara volvió a asustar a Beatriz.

—Señor, el baño está listo — le dijo — ¿Me permitís que os prepare para él?

—¿Qué más quisieras tú? — se dijo Beatriz, ruborizándose sólo de pensar... en lo que pensaba.

Inútil decir que rehusó la ayuda del camarero, bastándose a sí misma, y que ello no dejó de sorprender al servidor.

Poco después reapareció Dantán en las habitaciones de Beatriz, cuando ésta, en pyjama, se disponía a acostarse.

—Me parece que dormiréis más tranquilo si paso la noche a los pies de vuestra cama — dijo el pastor.

¡Zambomba! ¡Un hombre en su cuarto! ¡Lagarto! ¡Lagarto!

Y contestó::

—Gracias, mi buen Dantán, pero nunca he podido dormir con otra persona en la misma habitación. Quédate en la antecámara. Si algo ocurriera, daría un grito.

Se retiró Dantán, y cuando Beatriz se dirigía hacia el lecho, vió ¡oh, cielos! un ratón.

Dió un grito que atravesó infinidad de habitaciones, y acudieron a la del príncipe todos los servidores y Dantán, reflejado en su semblante el temor de encontrar herido a Su Alteza.

Para disimular, Beatriz sonrió al verles, y dijo serenamente:

—Muy bien. Os felicito. Grité para que, al acudir como lo habéis hecho, viese yo si estábais todos alerta.

Al día siguiente, Dantán se reunió con Beatriz para estar junto a ella mientras se desayunaba.

—¿Descansasteis bien, Señor? — preguntóle.

—Sí, sí, divinamente.

—Lo celebro. Yo, en cambio...

—Dime, ¿eres casado?

—¿Lo decís porque me veis triste? Soy soltero, pero un poco melancólico por temperamento.

—Tendrás novia, claro...

—Tampoco, Alteza. Por ahora... Soy muy exigente en materia de amor... Pero el día que encuentre a la que he de amar, la conoceré desde que la vea.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Nosotros los hombres conocemos instintivamente a la que hemos de amar sólo con verla, ¿no?

—Sí... Algo de eso creo yo también...

El duque, con su llegada, interrumpió la amena plática. Al ver a Dantán con Beatriz, frunció el ceño. Una jovencita tan encantadora como Beatriz junto a un muchacho tan apuesto como el comandante de las guardias de corps, no era precisamente tranquilizador...

Dantán se retiró al llegar el duque, y éste dijo a Beatriz, al quedar a solas:

—¿No se da usted cuenta del peligro? ¡Podría enamorarse de él!

—¡Quién sabe! ¡Tal vez tenga usted razón!...

¡Sería chistoso! — repuso Beatriz riéndose con toda su alma en fiesta.

**

Las complicaciones se sucedían incesantemente, como si los días fuesen meses enteros. Aquella noche el príncipe tuvo que asistir a un banquete militar, presidiéndolo con el general Marlanx y otro alto jefe.

La comida se deslizó sin contratiempo, pero al llegar a los brindis, comenzó el calvario de Beatriz.

El general Marlanx levantóse, y con él todos los oficiales, imitándoles el príncipe, y le dijo:

—Señor, siguiendo la antigua costumbre, brindaremos cuatro veces: por el Trono, por el Ejército, por el Pueblo, por Graustark.

—Bueno — pensó Beatriz—. Beberemos.

Pero el general le reservaba una desagradable sorpresa.

—La costumbre pide que el futuro soberano beba en el antiguo cuerno de caza del regimiento.

Un camarero trajo un cuerno de pronóstico que descansaba sobre su parte más estrecha en

un pie de plata, a guisa de copa, y se lo llenó de vino.

Los vasos de los oficiales fueron asimismo colmados, y el general principió los brindis:



Nuevamente los oficiales bebieron, y Beatriz...

—¡Por el Trono!

Los oficiales apuraron una parte del vino de sus vasos. Beatriz, asustada de la cantidad de líquido que había en el cuerno, no se decidía a beber, esperando una ocasión para verter el líquido al suelo.

—¡Por el Ejército! — continuó Marlanx.

Nuevamente los oficiales bebieron, y Beatriz, sin decidirse a beber, fingía hacerlo, para salir del apuro con el gesto nada más.

—¡Por el Pueblo!

Esta vez, Beatriz inclinó el cuerno lleno de vino para que cayese el líquido al suelo, pero lo hizo con tan mala fortuna, que el alto jefe que estaba a su lado protestó de la mojadura que sentía en una pierna.

Marlanx, siempre amable con el príncipe, mandó que le volviesen a llenar el cuerno, y brindó por última vez:

—¡Por Graustark; el brindis en el que todos los leales apuran hasta la última gota!

Obligada á ser "leal", Beatriz cerró los ojos y la razón, y vació en su estómago, como un autómata, el vino contenido en el cuerno.

Instantáneamente, el alcohol hizo sus efectos, y Beatriz bromeó con Marlanx y cantó con voz ronca aquello de:

Mozo, traiga otra copa...

Pero al general le hubiese interesado más, seguramente, que ella hubiese cantado la verdad.

Los oficiales, a coro, observaban al imberbe príncipe, y sus sonrisas expresaban la convicción general de que distaba de ser un tipo militar.

Llegó otra noche, y con ella un nuevo problema para Beatriz.

Se celebraba un gran baile en palacio. Toda



Los oficiales, a coro, observaban al imberbe príncipe.

la nobleza se hallaba congregada en los sumptuosos salones, iluminándolos, las damas con sus fosforescentes ojos y sus valiosos tesoros de adorno; y los caballeros con sus relucientes percheras y los brillantes uniformes militares cuajados de condecoraciones.

Dantán y Beatriz, acodados en la barandilla, tapizada de hiedra, de la terraza, hasta donde llegaba el rumor del salón en fiesta, guardaban absoluto silencio.

Beatriz acababa de reunirse con Dantán, al que viera solo en la terraza. Para ello fué preciso librarse de una dama de tan rancia estirpe como voluminosa. El duque fué el libertador buscado. Beatriz le endosó la ilustre dama, a pesar de que aquél prefería fumarse tranquilamente un puro a arrastrar una mole, por distinguida que fuese. Encima de la carga, Beatriz se burló del cargado:

—Eres un verdadero Don Juan, mi querido duque. No hay quien te resista — le dijo.

Y de buena gana el duque le hubiese contestado... pero la dama... ¡ay, la damita!... quería bailar.

Beatriz suspiró, al reunirse con Dantán:

—¡Qué hermosa noche!

Y él exclamó:

—¡Qué hermosa música!

Luego, una breve pausa.

Después, Dantán comentó con melancolía:

—Lo único que se echa de menos es una mujer hermosa a la que amar.

Beatriz sonreía para sus adentros, y una idea

nació en su corazón. ¡Ah, si ella pudiera presentarse a Dantán conforme a su sexo! ¡Qué aventura más deliciosa conquistándole!



—¡Qué hermosa música!

Iban a continuar la dulce plática, cuando una dama se llevó consigo a Dantán, para bailar.

Beatriz disgustóse, y para asegurarse a sí misma que Dantán no se dejaría conquistar por ninguna otra mujer, hasta que ella pudiese conquistarla, le contempló desde la terraza trezando el baile con aquella dama que le había elegido para pareja.

El general Marlanx había estado hablando misteriosamente con su "amiga", que lucía un espléndido traje rematado por precioso sombre-



—Lo único que se echa de menos es una mujer hermosa...

ro, del mismo tono, y un antifaz de fina pedrería, que parecía un adorno más del sombrero.

Marlanx se lamentaba de la llegada del príncipe a Graustark, pues a aquellas horas, de no haber sido derrotados sus secuaces, él ocuparía el Trono. ¿Qué hacer para tratar de separar al príncipe del Poder?

La "amiga" le dijo:

—Deja al príncipe por mí cuenta; es muy joven y haré de él lo que yo quiera.

Por eso la aventurera, al ver al príncipe solo, se acercó y le abrazó con sus miradas, es decir, trató de abrasarlo...

Beatriz se tragó la risa y dejó hacer a la encantadora conquistadora.

—Me enloquecéis, Señor — dijo ésta.

¡Córcholis! ¡Qué manera de declararse!

Beatriz no sabía qué contestar, y creyó conveniente calmar á la diablesa acariciándole la barbillá.

—Pero no os habéis dignado mirarme siquiera, y estoy muy disgustada, pues me puse este traje convencida de cautivar con él vuestra atención... y veo que no os agrado.

Beatriz contestó sinceramente:

—Te equivocas, me encanta. Con decirte que me gustaría tener otro igual...

La aventurera no comprendió el significado de las palabras del príncipe, y éste, decidido a correr una aventura estupenda, simuló que estaba chiflado por ella y le dijo, señalándole el fondo del jardín:

—¿Quieres que vayamos a nadar un poco en la piscina?

La aventurera aceptó, y al hallarse con ella cerca del lugar destinado a los ejercicios de natación, le dijo Beatriz, anhelando realizar su propósito:

—Arréglate en la sala de baño del duque y ven a encontrarme aquí.

La endemoniada mujer, creyendo pescar, fué pescada, pues al salir, en ceñido traje de baño, del cuarto del barón, Beatriz entró en él y se apoderó de las prendas femeniles, vistiéndolas rápidamente para ir al encuentro de Dantán.

La bañista buscó a Su Alteza por los alrededores de la piscina, y su ostensible enojo al no encontrarle manifestaba la duda que la asaltaba de que había sido objeto de una burla.

Beatriz, en tanto, descubría a Dantán paseando solo y silencioso por el jardín, al pie de la terraza, y a fin de llamar su atención dejó caer un pañuelo junto a él.

Sin duda — pensaba Beatriz —, Dantán se apresuraría a recoger el pañuelo y se lo devolvería, entablándose con tal motivo conversación entre ambos...

Beatriz, después de dejar caer su cendal, dió unos pasos y se detuvo, como si contemplase algo con curiosidad en los árboles.

De pronto sintióse tocada ligeramente en un

brazo. ¡Ay, sería Dantán, con el pañuelo! Pero no; no era Dantán el que se lo devolvía, sino un vulgar invitado, muy correcto y galante, por cierto.

Beatriz hizo un mohín y siguió adelante, sin perder de vista a Dantán, y la ocasión le deparó el encuentro de un guante que se le había caído al amado.

Llena de alegría al poseer aquella prenda de su admirado comandante de las guardias de corps, la acercó a sus labios y la besó suavemente.

Dantán acababa de darse cuenta de la perdida de uno de sus guantes, y buscándolo, sorprendió a Beatriz acariciando la punta de los dedos como un pajarillo posa el piquito en los granos de trigo.

El amor insospechado que había hecho nacer en el corazón de aquella hermosa desconocida, iluminó el corazón de Dantán, y espoleado por misteriosa fuerza alcanzó a Beatriz, que no pudo sustraerse a la persecución del galán.

En su fuga, Beatriz se detuvo en un poético cenador, donde se le reunió Dantán.

—¿Qué le diría él? —¿Qué le contestaría ella?
Resueltamente, Dantán preguntó a Beatriz:
—¿Ha visto usted un guante por aquí?

Sin vacilar, a su vez, Beatriz replicó:

—¿Un guante? No... no he visto ninguno, caballero...

—Como perdí uno... ¿sabe usted?... Pues...

Hasta ellos llegó la cadencia de un vals. Todo era propicio al amor... La noche plateada... la música... la soledad...

—¿Quiere usted hacerme el honor de bailar conmigo... aquí mismo?

—Muy gustosa...

Bailaron, y mientras bailaban, Dantán le susurró frases galantes, y Beatriz sonreía...

El general Marlanx y su más adicto cómplice se paseaban por el jardín, esperando el resultado de la aventurera con el príncipe.

Al pasar junto al cenador, vieron a Beatriz bailando con Dantán, y confundiendo a Beatriz con la aventurera, a causa de llevar el mismo vestido de ésta, y a Dantán con el príncipe, por ocultarlo de sus miradas Beatriz con su cuerpo, exclamó el general Marlanx:

—¡Es mucha mujer esa Carlota! Ya tiene loco al príncipe.

Se alejaron de allí, satisfechos los dos por el rumbo que tomaban los acontecimientos, y al acercarse a la piscina, vieron llegar hacia ellos

a Carlota, estupendamente provocativa enfundada en el traje de baño.

—¿Qué significa esto?—preguntó el general.

Carlota, machacando denuestos contra el supuesto príncipe, repuso:

—Para mí que ese niño quiere ingresar en la cofradía de los solteros.

Y refirió lo sucedido, es decir, la proposición del príncipe y su desaparición del lugar convenido para zambullirse en el agua de la piscina.

El general procuró atar los cabos de la enmarañada madeja, y volvió sobre sus pasos para ver de nuevo a la que confundió con Carlota y al que tomó por el príncipe.

Pero en aquel momento, Beatriz se despedía de Dantán, como una visión que desaparece repentinamente.

Dantán, cuando ella estuvo algo lejos, le gritó:

—Pero ¿cómo va usted a irse sin decirme si quiera quién es?

Beatriz sonrió y guardó silencio.

Entonces Dantán preguntó:

—¿Y mi guante?

Beatriz, viendo que hacía además de seguirla,

le detuvo con el gesto y contestó con voz prometedora:

—Se lo devolveré aquí mañana, a las ocho de la noche.

Y al llegar el general Marlanx a su observatorio de antes, no vió a nadie en el cenador.

La noche siguiente, a las ocho, Dantán consultaba repetidas veces el reloj. Durante el día había recibido la siguiente nota:

No olvide que esta noche, a las ocho, le espero en la glorieta.

La Dama del Antifaz.

Iría. Vaya si iría. Desde que se levantó no hacía más que pensar en su bella aventura.

Pero, a pesar de que la hora de la cita se le echaba encima, Dantán no se atrevía a salir de palacio.

¿Quién se lo impedía?

Nada menos que el príncipe, con el que estaba jugando una partida de ajedrez.

Tenía que terminar la partida, y lo hizo sin prestar atención a su juego, renunciando al triunfo a favor de Su Alteza.

Cuando dió por terminada la partida, levántose y saludó al príncipe:

—Con vuestro permiso, Señor; os deseo una buena noche.

Iba a salir.

—Dantán — gritóle Beatriz —, todavía te queda un jugada.

¿Cómo? ¡Pero si estaba seguro de haber terminado!

Volvió a la mesa y comprobó que, en efecto, faltaba una jugada. Beatriz había variado el juego para retener a su lado a Dantán.

Mal de su grado, éste se sentó otra vez frente al príncipe, pero, a fin de no continuar la partida, tiró del tapete que cubría la mesita de juego y cayeron al suelo el tablero y las piezas.

—¡Oh! — exclamó Dantán, con gran aplomo.

Beatriz, sin perder el menor movimiento de Dantán, contestó:

—Nada se ha perdido; volveremos a empezar.

Ni un mazazo hubiera producido peor efecto en el enamorado galán.

¿Qué diría la dama del antifaz si no acudía a su cita?

Sin poder disimular por más tiempo su impaciencia, Dantán, suplicante, mostró a Beatriz el papel que ella misma le escribiera:

—Leed, Alteza... y apiadaos de mí.

Beatriz fingió leer con sorpresa el escrito, y exclamó:

—Pero, hombre, ¿por qué no hablaste antes? Corre a reunirte con esa dama. No la hagas esperar más.

Dantán vió el cielo abierto... pero al ir a salir fué detenido otra vez por el príncipe.

—Dime, Dantán... ¿es bonita? — preguntó la bromista Beatriz, para tener ocasión de oírse halagar por el amado sin que éste sospechara que ella era la amada.

La contrariedad de Dantán ante el nuevo retraso que le hacía sufrir el príncipe, fué compensada por el deseo de hablarle de ella, de la dama del antifaz. Y dijo, entusiasmado, como si soñase:

—¿Bonita, decís? Es la hermosura personificada, un dechado de perfecciones... Pero, perdónad, Señor, si os importuno...

—De ningún modo, mi buen Dantán. Es deber mío escuchar a mis vasallos, y a nadie oigo yo con más agrado que a ti.

—Gracias, Alteza...

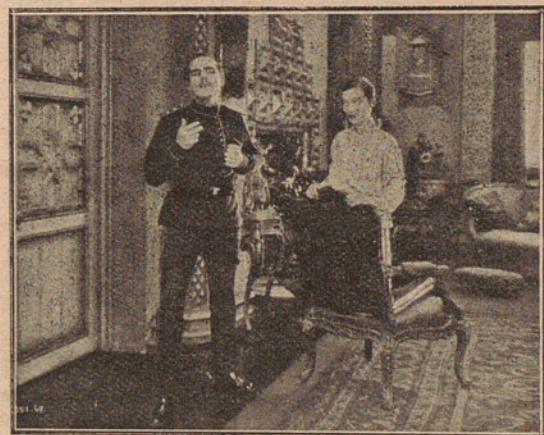
—Sigue, sigue... no omitas detalle.

Y Dantán, entregado de nuevo a su sueño, prosiguió:

—¿Qué decir de la boca diminuta y roja y

perfumada? ¿Qué de las mejillas, envidia de rosas y claveles?

El príncipe se ruborizó hasta las orejas, y las



—¿Qué decir de la boca diminuta y roja y perfumada?

palpitaciones de su corazón, que commovían su pecho, amenazaban comprometerle seriamente...

Dantán continuó su amoroso relato, y, bruscamente, dijole Beatriz:

—¿No dijiste que la cita era a las ocho?

Dantán consultó su reloj, y como la hora había pasado ya, salió corriendo hacia el jardín.

En un tris estuvo vestida Beatriz de dama del antifaz, y como salió al jardín por la puerta que comunicaba directamente con sus habitaciones, en la que había, día y noche, un oficial de guardia, llegó al cenador por otro conducto que Dantán, y fingió, para que éste, que no la había visto llegar, se diese cuenta de que ella estaba allí, que había sufrido un traspie, lastimándose en un tobillo.

—¡Ay! — gimió.

Dantán volvióse hacia donde había partido el lamento, y al ver a Beatriz se aproximó a ella apresuradamente, inclinándose para auxiliarla, pues se había sentado en el suelo, al pie de un árbol.

Cuando le tuvo ante ella, dijole Beatriz con enfado:

—¡Usted tiene la culpa! Si hubiese llegado a tiempo, nada de esto habría ocurrido.

—¡Oh, perdón! — suplicó Dantán. Y con suavidades propias de mujer se interesó por la herida.

El general Marlanx, sospechando la verdad, había redactado en su despacho, con su fiel cómplice, un besalamano al ministro de Estado, rogándole se sirviera reunir en seguida el Consejo

de Ministros, para denunciar ante él una conspiración contra el Trono.

El duque Travina, al corriente de la carta del general Marlanx, se asomó a la ventana de



Dantán, rendidamente enamorado, besaba...

las habitaciones de Beatriz y, enterado como estaba de la farsa de éste con Dantán, le hizo una seña, al verla con el pastor ascendido a comandante.

Dantán, rendidamente enamorado, besaba con fruición la mano de Beatriz, y ésta, al advertir al duque haciéndole seña de ir a su habitación,

en seguida, se puso un dedo sobre los labios indicando a aquél que no siguiese allí, que se apartase, dándole a entender que no tardaría en regresar.

El duque, malhumorado, temiendo que la farisa de Beatriz le reportase graves consecuencias a su primo Oscar, que debía llegar de un momento a otro, pero que no había dado señales de vida todavía por los alrededores de palacio, dejó en la habitación de la gentil colegiala un papel con esta orden:

Póngase el uniforme a toda prisa. El general Marlanx ha pedido que se reuna en palacio en seguida el Consejo de Ministros.

Travina.

Le dejó dicho papel porque no podía perder el tiempo esperándola en la habitación, pues tenía que acudir al Consejo inmediatamente.

Beatriz, en cuanto pudo hacerlo, se separó de Dantán, y éste, al verla desaparecer por la puerta particular de Su Alteza, entró al poco, forzando la guardia, en el aposento del príncipe, en el que entrara el general Marlanx antes que la propia Beatriz, enterándose, por el papel dejado encima de un mueble por el duque, de que, en efecto, tal como lo presumiera, el príncipe no era tal príncipe, sino una mujer.

El general ocultóse detrás de un biombo, y cuando se personó en la real cámara Dantán, se dispuso a ver y callar desde su escondite sin ser descubierto.

Dantán buscó a la dama del antifaz. ¿Dónde se habría ocultado? Separó los cortinajes de la habitación íntima del príncipe, y éste apareció ante él en pantalones y batín.

Presa de celos, Dantán preguntó a Su Alteza:

—¿Dónde está la mujer que entró aquí?

—¿Una mujer?... ¿Qué mujer?... — contestó Beatriz.

—Huelga el disimulo. Sé que ella entró aquí. Yo la ví.

Beatriz se echó a reir francamente.

—No sé de quien me hablas, mi buen Dantán; aquí no hay nadie más que yo.

Sin establecer distancias, Dantán apoderóse de una prenda “comprometedorísima”: ¡una camisa de seda femenina!, y enseñándosela al príncipe, clamó:

—¿Y esto, qué es? Si los dos queremos obtener su amor, las armas designarán al favorecido.

Dantán armóse de una espada, y anunció un duelo a muerte:

—¡En guardia y a defenderse!

Beatriz se puso a temblar como una hoja seca en otoño.

Dantán, todo a su indignación, acometía con



Beatriz encogióse de arriba abajo...

fiereza con la espada, amenazando con pincharle en el corazón si se oponía a luchar.

Beatriz encogióse de arriba abajo apoyándose en el biombo, y los pinchazos que, para obligarle a defenderse, le dirigía Dantán, no tenían otro blanco que el biombo, cargando con ellos el general Marlanx, sin que se atreviera a decir ni pío.



—¿Y esto, qué es? Si los dos queremos obtener su amor, las armas designarán al favorecido.

Por fin Beatriz cayó de brúces sobre un sofá y lloró convulsivamente.

Este gesto desarmó a Dantán. Tiró el arma y dijo:

—¡Sois un niño!

Y abandonó la estancia.

Beatriz pensó que debía vestirse de nuevo de mujer e ir al encuentro de Dantán para asegurarse que ella no quería al príncipe, sino a él; y mientras se vestía en su habitación íntima, el general Marlanx, saliendo de su escondite, descorrió los cortinajes y la sorprendió en su doble personalidad, por el vestido de mujer que llevaba puesto sobre el uniforme.

—Lo sospechaba! — exclamó —. Pero nunca creí que la impostora fuese tan hermosa.

Beatriz quiso gritar, pero no pudo. Estaba a merced del general. ¿Qué hacer?

Este continuó:

—El delito cometido por usted se castiga en Graustark con la última pena. Cerraré bien la puerta a fin de que podamos hablar con toda tranquilidad.

Aprovechando la operación del general, que se había apartado de ella para ir a cerrar la puerta, Beatriz accionó un resorte y huyó por

el corredor secreto que conducía a la puerta particular del jardín.

El general, ni corto ni perezoso, se aventuró



Beatriz y su salvador se asomaron fuera del recodo.

también en el pasadizo, e iba a alcanzar a Beatriz, cuando de un recodo del corredor unas manos varoniles la asieron con fuerza, empujándola hacia la sombra.

El general continuó su persecución, y cuando hubo desaparecido, Beatriz y su salvador se asomaron fuera del recodo.

La Providencia había enviado en tales momentos a Oscar. El simpático yanqui había llegado a Graustark a través de mil peripecias. Pero, menos mal, llegaba a tiempo.

Los dos primos se internaron por el corredor en las habitaciones reales, y poco después entraía de nuevo en ellos el general, a quien el oficial de guardia a la puerta del jardín le dijera que no había visto salir a nadie.

Beatriz y su primo se hallaban detrás de los cortinajes de la cámara íntima.

El general vió moverse dichos cortinajes, y apresó un cuerpo.

—Picarilla — dijo —, he de darte un beso en castigo.

Beatriz y Oscar contenían la risa que les producía la singular aventura. Y Oscar, que era el cuerpo apresado por el general, presentóse ante éste.

—¡Eh!! ¿Quién es usted?

—Eso le pregunto yo.

—Soy el general Marlanx.

—¡Caramba! ¡Caramba! ¿Conque es usted

el que ha estado conspirando para impedirme la entrada en Graustark?

—Un paso y lo mato!

Oscar desnudóse los brazos, en actitud de boxear, y respondió:

—Esto se arregla así.

Y a pesar de su espada, el pobre general no quedó sin conocimiento de la fuerza de los puños y las botas del yanqui.

Un poco después, el duque, al que acompañaba Beatriz, decía a los ministros reunidos en Consejo:

—Señores, no hay motivo alguno de alarma: voy a llamar a Su Alteza.

Se presentó el simpático joven.

—¡Su Alteza el príncipe Oscar! — anunció el duque. Y, hecha la presentación de unos y otros, dijo:

—Ahora, señores, podré dar una explicación completa de los últimos sucesos.

Y sus palabras, fiel trasunto de la verdad, convencieron a los ministros de la culpabilidad del general Marlanx, que sería ejemplarmente castigado por desleal.

Todo parecía respirar felicidad, pero en el corazón de Beatriz había lágrimas. Su amor se ale-

jaba de ella. He aquí la carta que había recibido de Dantán:

Señor:

Os pido mil perdones y os ruego aceptéis mi renuncia. Al portarme como lo hice, procedí dominado por la insensata pasión que me inspiraba una mujer a la que hoy quiero olvidar. Vuestra Alteza no volverá a tener jamás el disgusto de verme.

A los R. P. de V. A.

Dantán.

*

**

Pasó algún tiempo.

Oscar fué proclamado rey, y se organizaron grandes fiestas con motivo de su coronación.

En medio de los esplendores de la corte, Beatriz, que participaba de la grandeza de su primo, sentada en el Trono, pensaba sólo en Dantán, cuyo recuerdo se avivaba en ella cada día.

Oscar dijo a su linda prima, mientras la nobleza bailaba en los radiantes salones:

—¿Pensando todavía en ese pastorcillo?

—No lo olvidaré jamás —musitó la enamorada.

—Considera, prima, que eres ahora una princesa y que mal parece a tu linaje el poner tu amor en un villano que ni siquiera sabes quién es.

—¡No quiero principados ni vida de corte ni nada parecido!

—Bien, primita... bien...

En aquel momento fué anunciada la llegada de un príncipe con su séquito.

—Señor, Su Alteza Real el príncipe Dantán de Dawsburgen.

Beatriz creyó soñar al ver a su pastor encarnado en príncipe Dantán. ¿Qué significaba aquel cambio?

Oscar estrechó cariñosamente la mano de Dantán, y éste le dijo, mirando a Beatriz:

—¿Quiere Vuestra Majestad presentarme a su graciosa prima, mi señora la princesa?

Oscar apuntó al príncipe, sonriente:

—Si tenéis alguna ilusión, perded toda esperanza: mi prima no quiere nada con realezas ni principados; le ha dado por la vida pastoril y sueña con guiar un rebaño.

Dantán besó la mano de Beatriz y la invitó a bailar.

Ella no sabía lo que le pasaba a su corazón, que reía y lloraba a un tiempo.

Dantán no quiso hacerla sufrir, y mientras bailaban le murmuró con adoración:

—Beatriz, amor mío, como príncipe resultaste



Dantán besó la mano de Beatriz y la invitó a bailar.

interesantísima... como la dama del antifaz, sencillamente fascinadora... y tal como eres... digna de ser mi esposa.

Y al terminar el baile, no pasó desapercibida para nadie su ausencia del salón.

El duque Travina hizo un guiño a Oscar, y éste comprendió que los tórtolos se hallaban en el jardín, para confundir su canto con el de los pájaros, que celebraban el delicioso final de aquella aventura llenando las frondas de trinos vibrantes.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La sentimental novela de gran asunto

EL CIRCO DEL DIABLO

Creación de los célebres artistas

Norma Shearer, Charles Emmett Mack, etc.

Sea usted colecciónista de

Los Grandes Films

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

COLECCIONE USTED
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films
DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.-El prisionero de Zenda.-El joven Medardus.-Los enemigos de la mujer.-Una mujer de París.-El Corsario.-Para toda la vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mujer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los lobos.
Vi París...!!-Venganza de mujer.

Precio de cada libro: UNA PESETA

Teresa de Ubervilles.-Maciste, Emperador.-Lirio entre espinas.-El que recibe el bofetón.-Rómula.-Janice Meredith.-El Fantasma de la Ópera.-El trozo vacante.-El Caid.-Madame San-Géne.-América.-Cuando las mujeres aman.-El Capitán Blood.-Más fuertes que su amor.-Bila.-Demasiadas mujeres.-Nobleza baturra.-Cenizas de Odio.-El Rajá de Dharmagar.
El difunto Matías Pascal.-La marca de fuego.-Los Hijos de Nadie.-Pescador de Islandia.-La 8^a mujer de Barba Azul.-El Bebe de la Victoria.-El proceso de Nan y Preston.-Justicia gitana.-La Poupée de París.-El abanico de Lady Windermere.-Por la Patria.-Amor de Padre.-El asalto al ambulante de Correos.-Dick, el Guardia Marina - Boy.-La conquista del Amor.-Bajo el cielo de Monte-Carlo.-La Barrera.-La Hechicera.-Maternidad.-Los niños del Hospicio.-El diablo santiificado.-La calle del olvido.-¿Tener hijos los pobres?-Gorriones.-Risa de evante.-El Transatlántico.-El hijo pródigo.-El mundo perdido.-La novia fingida.-El místico.-La novela de una noche.-La que no sabía Amar.-Montecarlo.-Malvaloca.-La Favorita de la Legión.-Los hombres que pagan.-¿Chico o chica?-Se Altea el Príncipe

Precio de cada libro: 50 céntimos

